

Cuarto domingo de Cuaresma B2024

Hasta ahora los he hablado de la Cuaresma como temporada de lucha contra el mal, temporada de elección a favor de Dios y temporada de verdadera adoración de Dios. Permítanme añadir hoy otra dimensión. La Cuaresma es también el tiempo de experimentar el amor misericordioso de Dios. El amor misericordioso de Dios nos hace alegrarnos por la certeza de que, cualquiera que sea la oscuridad en la que vivimos, Dios es capaz de hacernos libres. Por eso llamamos tradicionalmente a este día el “Domingo Laetare”, es decir, el domingo de la alegría. No es porque la Cuaresma haya terminado, sino más bien porque nuestra salvación está cerca a medida que se acerca la Pascua.

El amor misericordioso de Dios se evidencia en la primera lectura de hoy en lo que Dios hizo por su pueblo. En ese tiempo, Israel se hundió cada vez más en el pecado. Los príncipes del pueblo, los sacerdotes y el pueblo mismo añadieron infidelidad sobre infidelidad; practicaron abominaciones y contaminaron el templo con conductas insalubres.

Aunque Dios les envió mensajeros y profetas para guiarlos por el camino correcto, los ignoraron hasta que sus enemigos destruyeron el país, mataron a muchos a espada y llevaron al resto al cautiverio en Babilonia. Sin embargo, Dios no los abandonó a su triste suerte. En su amor y compasión, creó al rey Ciro para que ayudara a su pueblo a regresar a la tierra de sus antepasados y a reconstruir el templo.

La historia de la relación de Dios con Israel es la historia de la relación de cada uno de nosotros con Dios. Aunque pecamos continuamente contra Dios y sus mandamientos, él permanece fiel a nosotros y nunca nos abandona. Él está siempre en nuestra búsqueda hasta encontrarnos y llevarnos nuevamente a él. Como el pueblo infiel de Israel, tan pronto como uno deja a Dios, se encuentra en problemas y miseria. Pero no hay prisión ni lugar oscuro al que Dios no pueda llegar. Ninguna cadena puede resistir la fuerza de su poderoso amor. Él siempre regresa para rescatarnos y liberarnos.

Esta historia del amor misericordioso de Dios es el mensaje principal de San Pablo en la segunda lectura de hoy. Como él dice: Dios es rico en misericordia, por el rico amor que nos tuvo. Por ese amor, mientras estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados, él nos resucitó por medio de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

La historia del amor de Dios por nosotros se muestra en el Evangelio de hoy de tal manera que vemos claramente cómo al enviar a Jesús al mundo, Dios quiso expresar la abundancia de su amor por nosotros. La pasión y la muerte de Jesús en la cruz son la máxima consagración del amor de Dios por nosotros, pero a través de la cual somos salvados de la condenación final.

Cuando Juan dice que Dios amó tanto al mundo, que le entregó a su hijo único, nos está invitando a reconocer la grandeza del amor de Dios por nosotros. Como nos ha enseñado la experiencia humana, por amor a sus hijos, los padres aceptan sacrificar todo por su bien y felicidad.

Esto es exactamente lo que Dios hizo al enviar a Jesús al mundo. Nos amó tanto que no dudó en enviar al mundo a su hijo unigénito. Nuestro Señor, a su vez, nos amó tanto que nos dio todo y, en última instancia, su propia vida en la cruz para nuestra salvación.

La muerte de nuestro Señor en la cruz, por amarga que sea, es la prueba definitiva del amor de Dios al mundo. La cruz misma es una gracia a través de la cual experimentamos el amor de Dios. Entonces, entendemos por qué nuestro Señor dice que así como Moisés levantó la serpiente, será levantado en la cruz para dar vida a los que crean en él.

Cuando nuestro Señor dice que quien en él cree no es condenado y quien no cree ya está condenado, nos está invitando a rendir cuentas de nuestra fe. Nuestra perdición y nuestra salvación dependen enteramente de nosotros y de nuestra actitud hacia nuestro Señor. No es nuestro Señor quien nos condena, porque el Padre no lo envió para condenar al mundo, sino para que se salvara para él. Nos condenamos a nosotros mismos cuando excluimos a nuestro Señor de nuestra vida y cuando no hacemos de su palabra el principio rector de nuestra vida.

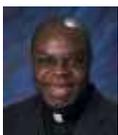
Cualquiera que sea nuestro historial personal en el pasado o en el presente, lo único que Dios quiere es que cambiemos y seamos salvos. Por tanto, la salvación llega a quienes tienen el coraje de cambiar la trayectoria de sus vidas. Quienes optan por la rebelión, el egoísmo, los placeres fáciles, los intereses propios y las satisfacciones fáciles se condenan a una muerte evidente. Nuevamente, no es Cristo quien condena, sino cada uno cuando se opone a nuestro Señor.

Por eso somos responsables de nuestra muerte y de nuestra salvación eterna. Lo que hacemos para pertenecer a nuestro Señor y cumplir su palabra en nuestra vida juega un papel importante en la determinación de nuestro destino. Seguramente, por parte de Dios, hay un deseo real de que seamos salvos, pero Él no puede salvarnos sin nosotros, es decir, sin nuestro consentimiento. Tenemos que aceptar cooperar. Lo que hagamos en respuesta al deseo de Dios cuenta mucho para nuestro futuro. Una buena elección conduce a la salvación, mientras que una mala elección conduce a la perdición.

¡Cuántas veces hemos perdido oportunidades de hacer la paz con Dios y con nosotros mismos! ¡Cuántas veces hemos preferido las tinieblas a la luz de Cristo! La historia humana es repetidamente la misma con su terquedad de corazón y su falta de apertura a la gracia de Dios. Y, sin embargo, la misericordia de Dios está siempre a nuestro alcance. Su puerta está siempre abierta para los que están perdidos y descarriados. Lo que se necesita es coraje para dar el primer paso.

Hermanos y hermanas, dejemos atrás la oscuridad y lleguemos a la Luz de Cristo. Si elegimos el camino de la luz, optamos por la vida; si elegimos el camino de las tinieblas, optamos por la muerte. Experimentemos el amor misericordioso de Cristo en esta Cuaresma a través del Sacramento de la Confesión. Que esta temporada de Cuaresma nos ayude a responder positivamente al amor de Dios mostrado en Jesucristo.

2 Crónicas 36: 14-16, 19-23; Efesios 2: 4-10; Juan 3: 14-21



Fecha de la Homilía: el 10 de Marzo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240310homilia.pdf